

UN PEQUEÑO HOMBRE GALLO. SANDOR FERENCZI (*).

Gastón Fazio, (*)
Martín Sosa (**)
Mauricio Abal (***)

INTRODUCCIÓN

Hemos elegido revisar los desarrollos teóricos que consideramos centrales en la obra de un autor, Sandor Ferenczi, y la elaboración que realiza acerca de las llamadas zoofobias infantiles a partir de la presentación y comentario del caso de un niño de 5 años llamado Arpád.

Leído desde la perspectiva freudiana, nos proponemos indagar la manera en que el autor intenta establecer la envoltura formal del síntoma y sus determinantes causales, herramientas indispensables para sopesar la particularidad de sus intervenciones en el marco de la dirección de la cura que propone para el caso.

El presente capítulo se organiza tomando como punto de partida la presentación del autor a partir de una reseña biográfica. En segundo lugar, se realizará la presentación del caso y posteriormente una articulación teórico-clínica sustentada en el contrapunto entre los casos de Hans y Arpád.

UN AUTOR A PARTIR DE OTRO AUTOR. FERENCZI DESDE FREUD

En “Escritos breves” ([1923] 1996), Freud escribe un texto llamado “Doctor Sandor Ferenczi (En su 50° cumpleaños)”. Homenajea allí al autor en su 50 aniversario, destacando muy cordialmente aspectos de su vida personal, científica y profesional. Pero no es la primera vez que se refiere a él de este modo en su Obra.

En los “Escritos breves” (Freud, [1909] 1992) encontramos el prólogo que el autor escribe al libro de Sandor Ferenczi denominado “Estudios del alma: ensayos en el campo del psicoanálisis”. Dice Freud:

el autor de los presentes ensayos, ligado a mí por una íntima amistad y familiarizado como pocos con todas las dificultades del psicoanálisis, es el primer húngaro que se haya propuesto interesar por el psicoanálisis a los médicos y al público culto de su nación mediante trabajos redactados en la lengua materna de él y de ellos. Deseo que este ensayo prospere y tenga por resultado conquistar nuevas fuerzas, surgidas entre sus compatriotas, para este nuevo ámbito de trabajo (Freud, [1909] 1992: 229)

En otra oportunidad (Freud, [1914] 1996) diría por ejemplo que:

Hungría, tan íntimamente enlazada a Austria desde el punto de vista geográfico como ajena a ella científicamente, no nos ha aportado hasta ahora más que un solo colaborador: S. Ferenczi; pero tal, que vale por una asociación entera. (Freud, [1914] 1996: 32)

Sin embargo, en el año 1923, Sigmund Freud afirma que luego de la aparición de “La interpretación de los sueños” en el año 1900, este texto cae en las manos de un “joven médico de Budapest”. Nuevas posibilidades de trabajo y aprendizaje lo llevan a encontrarse con el maestro vienés, con quien desde ese entonces “se anudó una larga, íntima y hasta ahora incommovible amistad, en virtud de la cual también él emprendió en 1909 el viaje a Estados Unidos para pronunciar conferencias en la Clark University, de

Worcester, Massachusetts” (Freud, [1910] 1994). Freud se refiere aquí a las conocidas “Cinco conferencias sobre psicoanálisis” del año 1910 (es llamativo cómo el Freud se refiere a sí mismo, en este escrito, en tercera persona).

Según Freud, Sándor Ferenczi contribuyó a la conformación de la Asociación Psicoanalítica Internacional como recurso defensivo contra el desprecio del análisis por parte de la medicina. Mientras duró la República Soviética de Hungría (país en el que Ferenczi nació) se confiaron a él las funciones de profesor universitario, y sus conferencias atraían a multitud de oyentes. Asimismo, sus escritos son “universalmente conocidos y apreciados” (Freud, [1923] 1996: 288). Entre estos, destaca para nuestro interés: “Un pequeño hombre gallo” en 1913, que define como “comunicaciones clínicas de aguda observación”, e “Introyección y Transferencia” en 1909, que incluye un examen de la técnica de la hipnosis. Los cuales ordena de forma cronológica, según su relevancia científica.

Señala Freud que el interés del autor avanza de la situación psicológica al condicionamiento somático, y en relación al psicoanálisis, un vivo interés por la técnica (hace referencia a la Técnica Activa).

Como intentamos demostrar, Ferenczi ha sido considerado por el padre del psicoanálisis como un “paladín secreto”, por un lado, y como su “futuro sucesor” por el otro.

Nace en Hungría en el año 1873, en un contexto social y político de una gran libertad de pensamiento, lo cual posibilitó el desarrollo de sus ideas. Estudia Medicina en Viena y se especializa en Neurología y Psiquiatría. Se acerca por primera vez al trabajo de Freud con Breuer, sintiendo una gran curiosidad por la histeria, que en ese momento estaba en pleno auge debido a los desarrollos freudianos al respecto.

En la I Guerra Mundial, Ferenczi fue reclutado por el ejército húngaro y nombrado médico jefe de guarnición militar. Poco tiempo antes había fundado la Sociedad Psicoanalítica Húngara. Como señala Freud en el homenaje a Ferenczi, si bien rechaza en un primer momento el texto inaugural del psicoanálisis sobre “la interpretación de los sueños” (Freud, [1900] 1996), empieza a interesarse posteriormente en él en 1908, gracias a Jung.

Los distintos biógrafos coinciden en que había nacido una rápida amistad entre ellos, que se deja entrever en la correspondencia entre ambos autores, y en las constantes citas en las Obras Completas del padre del psicoanálisis. Incluso, Ferenczi llega a ser analizante de Freud en un corto lapso (tres semanas, en el año 1914).

Su obra es muy extensa, y las ideas que allí se desarrollan abarcan aspectos del psicoanálisis, de la psicología y de la psicósomática. Sus textos se difundieron parcialmente, y comenzaron a conocerse mucho después de su escritura, en primer lugar por la dificultad misma del idioma, y en segundo lugar, por las sucesivas críticas a las que Ferenczi fue sometido por su principal detractor: Ernest Jones.

Respecto a su obra pueden localizarse diferentes momentos o periodos de producción, que permiten ordenar la pluralidad de los escritos ferenczianos.

Un primer período se puede delimitar entre los años 1899 y 1907. Allí se encuentran los famosos “Escritos de Budapest”. Escritos pre-analíticos, entre los que se destacan temas como la histeria y la medicina social. Es una etapa en la que Ferenczi se interesa por la defensa de los oprimidos y de los marginales, así como de los homosexuales, impulsando también reformas legales e intentando sensibilizar a sus colegas por estos temas.

El segundo período, propiamente “analítico”, se recorta entre 1908 y 1909. Incluye seis trabajos que el autor selecciona para difundir el psicoanálisis en su país de origen (Hungría). El mismo los bautiza como “cura del alma” o “estudio del alma”. Pero por una sugerencia de Freud que lo instaba a que figure la palabra “Psicoanálisis”, cambia esta compilación por “Estudio del alma: ensayos en el campo del psicoanálisis”. En estos escritos aboga por una reforma pedagógica que permita evitar el rechazo de las propias ideas y emociones para lo cual el psicoanálisis resultaba una herramienta útil.

Entre 1919 y 1926 (coincidente con la segunda tópica freudiana y la modificación en algunos de los conceptos como pulsión, angustia, castración, principio de placer, etc.) ya hay una separación tajante con el pensamiento freudiano. Es una etapa en la que Ferenczi comienza a teorizar sobre la Técnica Activa. Si bien

el tema de la técnica del psicoanálisis siempre ha sido de un gran interés para él, las sucesivas modificaciones que ha realizado lo llevaron a distanciarse de las hipótesis freudianas. En 1920, presenta esta técnica de manera descriptiva, en el Congreso de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Internacional celebrado en La Haya (Países Bajos), institución de la que Ferenczi fue presidente en ese año.

Brevemente podemos decir que esta técnica era un recurso, un procedimiento, mediante el cual se podían disolver los momentos en los que el tratamiento analítico parecía estar en un impasse. La misma se desplegaba en dos tiempos:

- 1) Órdenes: cuyo fin era transformar las mociones pulsionales en una satisfacción consciente.
- 2) Prohibiciones: las nuevas manifestaciones son prohibidas para que el analista pueda relacionarlas con las actividades y afectos concomitantes.

A estos años de gran producción sobre la técnica psicoanalítica, le sigue un periodo que va desde 1926 hasta su muerte, donde Ferenczi desarrolla nuevas líneas de investigación. Entre ellas, la técnica en el análisis con niños aplicada al análisis con adultos.

Profundizaremos ahora en el historial del pequeño Arpád, sus puntos de encuentro con el historial de Hans, en relación con los desarrollos freudianos acerca del totemismo y del tabú, para poder, finalmente, arribar a alguna conclusión posible.

Antes de ahondar en el mismo podemos destacar que este caso se lo envía una ex analizante de Ferenczi (Arpád era un paciente de aquella); y Ferenczi se lo envía a Freud para trabajarlo en relación a tótem y tabú. Decide titularlo “Un pequeño Hombre gallo” y del mismo dice: “tengo en este momento un caso sensacional, un hermano del pequeño Hans por su importancia” (Cosentino, 1999: 3). Se refiere aquí al caso Juanito, trabajado por Freud en “Análisis de la fobia de un niño de 5 años” ([1910] 1996):

“Le envío (escribe Ferenczi) el pequeño Hombre gallo, le ruego servirse como mejor le parezca. Me sentiré muy feliz si puede utilizarlo para el trabajo sobre el Tabú” (Cosentino, 1999: 3).

Según Juan Carlos Cosentino, en la carta del 1 de febrero de 1912 que le envía a su discípulo leemos:

Comencemos por su hombrecito gallo. Es un regalo y tendrá un gran porvenir. Espero que no vaya a creer que quiero simplemente confiscarlo para mí; eso sería una bajeza de mi parte. Pero no habrá que publicarlo antes de que yo haya podido sacar el retorno infantil del totemismo a fin de que allí entonces, me refiera a ello. (Cosentino, 1999: 3)

A continuación transcribiremos el caso completo, para no efectuar recorte alguno, y para apreciar los pequeños detalles que son aquellos de los cuales nos serviremos para realizar una lectura comparada.

UN PEQUEÑO HOMBRE GALLO

Una dama ex paciente mía que retuvo su interés en el psicoanálisis, llamó mi atención hacia el caso de un niño, que supuso sería de interés general. Se trataba de un niño de cinco años de edad llamado Arpád que, de acuerdo al informe unánime de sus parientes, se había desarrollado hasta la edad de tres años y medio regularmente. Tanto física como mentalmente había sido un niño perfectamente normal, hablaba fluidamente y demostraba considerable inteligencia.

De pronto cambió visiblemente; en el verano de 1910 la familia fue a un balneario de Austria donde también había estado el verano anterior y tomó habitaciones en la misma casa del año pasado. Inmediatamente luego de arribar la conducta del niño cambió de modo curioso. Hasta entonces se había interesado por todo lo que sucedía adentro o afuera que puede atraer la atención de una criatura, a partir de ese momento solo se interesó en una cosa, el gallinero en el patio de la casa. A la mañana temprano se apresuraba a ir al corral, observaba las aves con incansable interés, imitaba sus sonidos y movimientos, y lloraba cuando era sacado

por la fuerza del gallinero. Pero aun cuando no estaba allí no hacía nada más que cacarear y cloquear. Lo hacía ininterrumpidamente por horas, y contestaba a las preguntas solo con esos gritos animales, de modo que su madre estaba seriamente preocupada porque el niño perdiese su capacidad de hablar.

Esta peculiar conducta del pequeño Arpád duró toda la estadía del verano. Cuando la familia retornó a Budapest volvió a hablar humanamente, pero su charla era casi exclusivamente de gallos, gallinas y pollos, cuando más agregaba patos y gansos. Su juego habitual repetido interminablemente todos los días era el siguiente: arrugaba todo periódico en la forma de gallos y gallinas, y los ofrecía a la venta, entonces tomaba algún objeto (generalmente un pequeño cepillo plano) llamémosle cuchillo, llevaba su “gallo” a la pileta (donde la cocinera realmente acostumbraba a matar las aves), y le cortaba el pescuezo a su gallina de papel. Mostraba cómo el gallo sangraba y con su voz y gestos hacía una imitación excelente de la agonía de su muerte. Siempre que se ofrecían en venta aves de corral en el patio, el pequeño Arpád estaba inquieto y no dejaba tranquila a su madre hasta que ésta compraba alguna. Quería presenciar cuando la mataban; sin embargo tenía mucho miedo de los gallos vivos.

Los padres muchísimas veces le preguntaban por qué les tenía tanto miedo a los gallos, y Arpád siempre les relataba la misma historia: Una vez él se había metido en el gallinero y había orinado en un nido, luego de lo cual el gallo de plumas amarillas (a veces decía marrones), vino y le dio un picotazo en el pene, entonces Llona, la sirvienta, le vendó la herida. Luego le cortaron el pescuezo al gallo y murió.

Ahora bien, los padres recordaban este incidente que había ocurrido el primer verano en el balneario cuando Arpád tenía dos años y medio. Un día la madre había escuchado al pequeño chillando temerosamente y se enteró por la sirvienta que estaba asustado de un gallo que había querido aplicarle un picotazo en el pene. Desde que Llona ya no estaba en el servicio de la familia no se pudo tener certeza de si en la ocasión Arpád había sido lastimado realmente, o bien (como creía recordar la madre), solo lo había vendado para calmarlo.

La parte curiosa de la cuestión era que los efectos posteriores de este acontecimiento se habían manifestado en el niño luego de un período latente de todo un año, en su segunda visita a la residencia de verano, sin que nada hubiese ocurrido en el interín que pudiese ser atribuido por los parientes como causa de esta repentina recurrencia del miedo a las aves de corral y su interés por ellas. Sin embargo, no dejé que la naturaleza negativa de esta evidencia me impidiera hacerles una pregunta, suficientemente justificada por la experiencia psicoanalítica, la pregunta de que si durante el curso del período latente, el niño no había sido amenazado con la sección de su pene a causa de su jugueteo voluptuoso con sus genitales.

La respuesta que fue dada de mala gana, fue en efecto que al presente el niño era afecto a jugar con su miembro por lo que frecuentemente era castigado, y que también “era posible” que alguien “bromeando” lo hubiese amenazado con cortárselo, más aún, que Arpád tenía ese mal hábito desde hacía “mucho tiempo”, pero que no sabían si en el año latente ya lo tenía.

Resultó ser que en realidad Arpád no se había salvado de esta amenaza ni aun posteriormente, de modo que podemos considerar probable la presunción de que fue la amenaza experimentada en el ínterin, la que había excitado al niño tanto al revisitar la escena de la terrible primera experiencia, en la que el bienestar de su miembro había estado en peligro de modo similar. Por supuesto no puede excluirse una segunda posibilidad: la de que su primer temor ya había sido exagerado por amenazas de castración previas, y que la excitación al revisitar el gallinero debe ser atribuida a un aumento del “hambre sexual” que se había experimentado mientras tanto.

Desdichadamente ya no era posible reconstruir estas relaciones temporales y debemos contentarnos con las probabilidades de su conexión causal.

La investigación personal del niño no produjo nada notable o anormal. Inmediatamente de entrar en mi habitación le llamó la atención un pequeño bronce de un gallo de montaña que se hallaba entre mis numerosos objetos, lo trajo y me preguntó: “¿Me lo va a dar?”. Le di un lápiz y un papel e inmediatamente dibujó un gallo. Pero ya estaba aburrido y quiso volver a sus juguetes. Dado que la investigación directa psicoanalítica era imposible, tuve que limitarme a lograr que la dama interesada en el caso, que era una vecina y amiga de

la familia que lo podía observar por muchas horas a la vez, anotase sus gestos y comentarios curiosos. Sin embargo, pude establecer, para mí, que Arpád era mentalmente alerta y no sin talento, sin bien era cierto que su interés mental y su talento estaban centrados de modo peculiar alrededor del género plumífero de las aves de corral. Cloqueaba y cacareaba de un modo magistral, a la mañana temprano despertaba a toda la familia, un verdadero gallito de vigoroso cacareo. Arpád era musical pero solo cantaba canciones populares en las que aparecían gallos, gallinas o aves similares, le gustaba especialmente la canción que dice:

“Debo correr a Debreczen a comprar un pavo”

Y también las canciones:

“Pollo, pollo, ven, ven, ven” y:

“Bajo la ventana hay dos pollos

Dos gallitos y una gallina”.

Podía dibujar como ya fue dicho, pero se limitaba exclusivamente a pájaros de largo pico, haciéndolo con considerable habilidad. De este modo podemos ver la dirección en que buscaba de sublimar su interés patológicamente fuerte en estas criaturas. Finalmente los padres tuvieron que aceptar sus hobbies viendo que sus prohibiciones no servían de nada, y le compraron varios pájaros de juguete hechos de un material irrompible con los que llevaba a cabo toda clase de juegos fantasiosos.

En general Arpád era un muchachito agradable, pero muy desafiante cuando recibía reprimendas o era castigado. Difícilmente lloraba y nunca pedía perdón. Sin embargo aparte de estos rasgos de carácter, no había rastros de rasgos verdaderamente neuróticos que pudieran reconocerse. Se asustaba fácilmente, soñaba mucho (con aves por supuesto) y frecuentemente dormía mal (*Pavor nocturnus*).

Las acciones y dichos curiosos de Arpád que fueron anotados por la dama observadora, desplegaban mayormente un inusitado placer en fantasías sobre la cruel tortura de las aves de corral. Su juego típico imitando la matanza de las aves ya ha sido mencionado, a esto debe agregarse que hasta en sus sueños sobre pájaros, lo que más veía eran gallos y gallinas “muertas”. Daré aquí una traducción literal de sus dichos característicos:

“Me gustaría tener un gallo vivo desplumado” —dijo una vez espontáneamente. “No debe tener plumas, ni alas, ni cola, solo la cresta, y tiene que poder caminar así”.

Una vez estaba jugando en la cocina con un ave recién sacrificada por la cocinera. De pronto fue a la habitación vecina, recogió unas pinzas de rizar de un cajón y gritó: “Ahora voy a clavar esto en los ojos ciegos del ave muerta”. La matanza de las aves de corral es para él toda una fiesta. Es capaz de danzar horas y horas, excitado, en torno del animal muerto.

Otra vez alguien señalando a un ave sacrificada le preguntó: “¿Te gustaría que volviese a despertar? “Me gustaría un cuerno, la volvería a matar yo mismo”.

Frecuentemente jugaba con papas o zanahorias (que decía eran aves), cortándolas en pequeños trozos con un cuchillo. Difícilmente se le podía impedir que tirase al suelo un vaso que tenía aves pintadas.

Los afectos desplegados con relación a las aves, sin embargo, de ninguna manera eran simplemente el odio y la crueldad, sino claramente ambivalentes. Muy a menudo besaba y acariciaba al animal muerto o bien “alimentaba” a su ganso de madera con maíz, como había visto hacer a la cocinera; al hacerlo cloqueaba y piaba continuamente. En una oportunidad arrojó su muñeco de madera irrompible en el horno porque no lo podía romper, pero luego lo sacó de inmediato, lo limpió y lo acarició. Sin embargo, las figuras de animales de su libro de figuras tenían peor suerte, las rasgó en pedazos y luego naturalmente no pudo volver a reconstruirlas y se disgustó.

Si tales síntomas fuesen observados en un paciente insano adulto, el psicoanalista no dudaría en interpretar el excesivo amor y odio concerniente a las aves de corral como una transferencia de afectos inconscientes que, en realidad, se refieren a seres humanos, probablemente parientes cercanos, pero que fueron reprimidos y solo pueden ser manifestados de este modo desplazado y distorsionado. Más aún interpretará el deseo de

desplumar y cegar a los animales como simbolizando intenciones de castración, y considerará el síndrome total como una reacción del paciente a la idea de su propia castración. La actitud ambivalente despertará entonces en el analista la sospecha de que en la mente del paciente se balancean sentimientos mutuamente contradictorios, y sobre la base de numerosos hechos de experiencia tendrá que suponer que esta ambivalencia probablemente se refiere al padre, quien aunque honrado y respetado, al mismo tiempo es también odiado a causa de las restricciones sexuales que impone severamente. En una palabra, la interpretación analítica sería: El gallo representaba en el síndrome al padre (1).

En el caso del pequeño Arpád podemos ahorrarnos la molestia de hacer una interpretación. El trabajo de represión todavía no era capaz totalmente de ocultar el significado de sus peculiaridades; la cosa original, las tendencias reprimidas, todavía podían discernirse en su charla y más aún se hacía a veces evidente con sorprendente y abierta crudeza.

Su crueldad también se evidenciaba con frecuencia respecto de los seres humanos, y estaba dirigida notablemente a menudo contra la región genital de los adultos. “Te daré una en las heces, en tu trasero”, gustaba decirle a un muchachito algo mayor que él. Más claramente dijo una vez: “Te corto por la mitad”. La idea de cegar lo ocupaba muchas veces, una vez le preguntó a su vecino: “¿Puede uno cegar a una persona con agua o con fuego?”. (También estaba muy interesado en los genitales de las aves. En cada ave que era sacrificada tenían que aclararle el sexo, si era un gallo, una gallina o un pollo).

Una vez corrió a la cama de una muchacha adulta y dijo: “Te cortaré la cabeza, la pondré en tu panza y la comeré”. Otra vez dijo repentinamente: “Me gustaría comer guiso de madre” (por analogía con el guiso de gallina); “tienen que poner a mi mamá en la cacerola y cocinarla; entonces sería guiso de madre a la cacerola y yo la podría comer” (mientras gruñía y bailaba). “Le cortaré la cabeza y me la comería de este modo” (haciendo movimientos como si comiese algo con un cuchillo y un tenedor).

Luego de deseos canibalísticos de esta índole, inmediatamente tenía un ataque de remordimiento, en el que masoquísticamente anhelaba crueles castigos: “Quiero ser quemado”, decía; o “Romperme un pie y ponerlo en el fuego” o “Me voy a cortar la cabeza”. “Me gustaría cortarme la boca así no la tengo”.

No cabe ninguna duda que por aves, gallo, pollo, él significaba su propia familia; una vez dijo espontáneamente: “Mi papá es el gallo”. En otra ocasión: “Ahora soy pequeño, ahora soy un pollito, cuando crezca seré un pollo, cuando sea más grande aún seré un gallo, y cuando sea el más grande de todos seré cochero”. (El cochero que guiaba el carruaje le impresionaba aún más que su padre).

Luego de esta admisión independiente y no influenciada del niño, podemos comprender mejor la enorme excitación con la que nunca se cansaba de observar lo que pasaba en el gallinero. Allí podía observar convenientemente todos los secretos de su propia familia sobre los cuales no le era brindada ninguna información en su casa; los “útiles animales” le mostraban abiertamente todo lo que quería ver, especialmente el movido comercio sexual entre el gallo y la gallina, la puesta de los huevos y la salida de los pollitos del cascarón. Las condiciones de vivienda de Arpád eran tales que sin duda él había sido testigo auditivo de procedimientos similares entre los padres. Entonces, tenía que satisfacer la curiosidad de ese modo despertada, observando insaciablemente a los animales.

También le debemos a Arpád la confirmación final de mi presunción de que el terror morboso a los gallos debía ser relacionado últimamente a la amenaza de castración por su onanismo.

Una mañana le preguntó a su vecina: “Dime, ¿por qué muere la gente?”. (Respuesta: Porque envejecen y se cansan). “¡Hm! ¿Así que mi abuela también era vieja? ¡No! Ella no era vieja y sin embargo se murió. Oh, si hay un Dios ¿por qué siempre deja que me caiga y por qué la gente tiene que morir?”

Entonces empezó a interesarse por ángeles y almas, se le explicó que solo eran cuentos de hadas. Ante esta respuesta se puso rígido de miedo y dijo: “¡No! ¡Eso no es cierto! Hay ángeles. He visto uno que lleva los niños muertos al cielo”. Entonces preguntó horrorizado: “¿Por qué mueren los niños?”. “¿Cuánto puede vivir uno?”. Solo con gran dificultad se calmó.

Resultó que ese mismo día temprano, la mucama había levantado sus sábanas repentinamente y lo había encontrado manipulando su pene, ante lo cual lo amenazó con cortárselo. La vecina trató de calmarlo y le

dijo que no le harían ningún daño, que todos los niños hacían eso, ante lo cual Arpád gritó indignado: “¡No es cierto! ¡No todos los niños! Mi papá nunca hizo nada igual”.

Ahora comprendemos mejor esa rabia inextinguible hacia el gallo que había querido hacer con su miembro lo que los adultos habían amenazado hacerle, y ese temor por ese animal sexual que se atrevía a hacer todo lo que le aterrorizaba; también comprendemos los crueles castigos que se aplicaba a sí mismo (a causa del onanismo y las fantasías sadistas).

Para completar el cuadro, por así decir, más tarde comenzó a ocuparse grandemente con pensamientos religiosos. Viejos judíos barbudos lo llenaban de una mezcla de respeto y temor. Rogaba a su madre que invitase a esos mendigos a su casa. Sin embargo cuando realmente uno vino, se escondía y lo miraba a una distancia respetable; cuando uno de ellos se iba, el niño dejó que su cabeza colgase hacia abajo y dijo: “Ahora soy un ave mendiga”. Los judíos viejos le interesaban, decía, porque vienen “de Dios” (del templo).

Para concluir daré otra expresión de Arpád que demuestra que no había observado a las aves tanto tiempo en vano. Un día le dijo con toda seriedad a la vecina: “Me casaré con usted, y con su hermana, con mis tres primas y la cocinera; no, en lugar de la cocinera, prefiero a mi madre”. Evidentemente quería ser un verdadero “gallo en el gallinero”. (Ferenczi, [1913] 1959)

FREUD CON FERENCZI

La publicación en 1910 del caso del pequeño Hans, permite a Freud dejar de lado cierto escepticismo acerca de la aplicación del psicoanálisis a niños, aunque con cierta resistencia aún, dejando en manos de sus discípulos y continuadores esta tarea.

Ambos niños, Hans y Arpád, no eran analizantes de Freud. Del primero, se sirve de los relatos del padre como material clínico (paciente de Freud) y en el segundo, del material aportado por su discípulo Ferenczi.

No es solo la interpretación del niño acerca de lo que le pasa, sino una serie de otros que intentan aprehender algo de su sufrimiento. En Hans: su padre, Freud, el propio niño. En Arpád, sus padres, su analista, Freud, Ferenczi. El niño se vuelve así objeto de interpretaciones, por lo cual el análisis de los historiales se torna dificultoso en la cuestión de distinguir qué es lo propio del niño y qué de los otros.

La aguda observación de Freud acerca de la conducta de los niños se corresponde con momentos diferentes de su elaboración teórica, “Tres ensayos de teoría sexual” (Freud, [1905] 1996), “El creador literario y el fantaseo” (Freud, [1908] 1992), el caso de “El pequeño hombre gallo” (Ferenczi, [1913] 1959), y “Tótem y tabú” (Freud, [1913] 2010), ambos de 1913, entre otras. Referencias de las cuales se sirvió para la elaboración de la noción de neurosis infantil como núcleo de la neurosis posterior.

Tanto en “Tótem y tabú” (Freud, [1913] 2010) como en el caso del pequeño Hans, “Análisis de la fobia de un niño de cinco años” ([1909] 1996), Freud nos advierte acerca de la singularidad de la conducta del niño hacia el animal, parecida a la conducta del primitivo. El niño no muestra todavía ninguna huella de esta arrogancia que luego moverá al hombre adulto deslindar con una tajante frontera la naturaleza humana de la del animal (Freud, [1913] 2010: 129).

En esta notable concordancia entre el niño y el animal, no es raro que sobrevenga una curiosa perturbación. El niño empieza de pronto a tenerle miedo a una determinada especie de animales y a guardarse de tocarlos. Así se establece el cuadro clínico de una zoofobia, una de las enfermedades neuróticas más frecuentes en esta época de la vida y quizá su forma más temprana.

La fobia recae por regla general sobre animales hacia los cuales el niño había mostrado hasta entonces un interés particularmente vivo y nada tiene que ver con el animal individual. La opción de donde el niño extrae los animales que pudieran volverse objeto de la fobia no es grande en las condiciones de vida urbana: caballos, gallinas, perros, gatos, etc. Muchas veces animales de los que el niño ha tomado conocimiento por los libros e ilustraciones de cuentos se vuelven objeto de angustia disparatada y desmedida que se muestra entre estas fobias.

En la misma línea, resulta interesante la apreciación freudiana sobre las fobias de los niños, como tema que hasta 1913 no habría resultado de una indagación atenta y profunda por el psicoanálisis. Freud mismo ubica el motivo de dicha omisión en las dificultades que ofrece el análisis con niños a tan tierna edad (Freud, [1913] 2010: 130). Si bien es cierto, continúa Freud, que no es posible aseverar que conozcamos el sentido general de la contracción de estas enfermedades, pues no es un sentido unitario, en algunos casos de tales fobias, dirigidas a animales de mayor tamaño han demostrado ser accesibles al análisis y de este modo revelaron su secreto al indagador (analista).

En todos los casos era lo mismo: la angustia se refería en el fondo al padre cuando los niños indagados eran varones y solo había sido desplazada al animal.

Respecto al caso Hans, el análisis revela las vías de asociación, tanto las de contenido sustantivo como contingentes, por las cuales se consuma un desplazamiento así. El odio al padre, proveniente de la rivalidad con la madre no puede difundirse desinhibido en la vida anímica del niño: tiene que luchar con la ternura y admiración que desde siempre le suscitó la misma persona, descrita por Freud como ambivalencia hacia el padre: en este conflicto de ambivalencia se procura un alivio, si desplaza sus sentimientos hostiles y angustiosos sobre un subrogado del padre.

En tal sentido, no es nuestra intención hacer aquí una lectura causal-explicativa, una reducción binaria positivo-negativa, ni reducir a una lógica simplona la presencia física del padre o la madre, a manera del cuento del Edipo, pues no es a las personas reales a las que nos referimos, sino a los efectos que dicha función representa.

Freud destaca el valor de la fobia de Juanito. La angustia ante el caballo y el desarrollo de la fobia, no eran otra cosa que una manifestación del complejo de Edipo, complejo nuclear de las neurosis; por el cual Hans, en el excesivo amor a su madre, sentía a su padre como un competidor. El éxito de la fobia en Hans consiste en el desplazamiento del temor al padre al temor por un animal (el caballo).

Veremos ahora respecto a los desarrollos freudianos sobre el tótem y el tabú, las consecuencias clínicas que arroja tanto en Hans como en Arpád.

TÓTEM Y TABÚ: DE HANS A ARPÁD

¿Qué es el tótem? ¿Qué es el tabú? ¿Por qué Freud incluye estos términos antropológicos, sociológicos, en la óptica del psicoanálisis?, ¿qué analogías y diferencias encuentra Freud ante el comportamiento del niño hacia el animal temido o venerado, con el de las tribus hacia su animal totémico?

Si hay un propósito claro en *Tótem y Tabú* ((Freud, [1913] 2010), es el de poder vislumbrar los efectos que la cultura y la sociedad generan en el sofocamiento de las pulsiones. El texto realiza un recorrido por estos conceptos, y desarrolla la tan mencionada hipótesis acerca de la horda primordial y el asesinato del padre, como momento mítico, primitivo y estructural, a partir del cual provienen las instituciones sociales y culturales ulteriores.

Ya en el prólogo Freud define al totemismo como “una institución religiosa y social enajenada de nuestro sentir actual, en realidad hace mucho tiempo caducada y sustituida por formas nuevas...” (Freud, [1913] 2010: 8).

El totemismo es un sistema que Freud rastrea en algunos pueblos primitivos de Australia, América y África, en donde se encontraban tribus que llevaban como nombre el de su tótem. Es decir, el de un animal comestible, inofensivo o peligroso y temido (Freud, [1913] 2010: 12), que forma parte de los antepasados y la historia de su stirpe. El animal cumple la función de ser un “espíritu guardián y auxiliador que envía oráculos” (veremos las consecuencias que esto tiene en el niño). El nombre del animal totémico además nombra a la tribu con la cual queda identificada. Por eso el tótem no está ligado a un territorio específico, ni a algún rasgo de sus miembros, sino al particular vínculo que cada stirpe mantiene con su animal.

Freud nos invita a pensar en tribus que no construyen chozas, que no labran la tierra, que desconocen reyes o príncipes, que tienen que luchar con duras condiciones de vida, pero que sin embargo, en su vida sexual, se imponen ciertas restricciones, como la de evitar relaciones sexuales incestuosas: “casi en todos

los lugares donde rige el tótem existe también la norma de que miembros del mismo tótem no entren en vínculos sexuales recíprocos, vale o tengan permitido casarse entre sí. Es la exogamia, conectada al tótem” (Freud, [1913] 2010: 13).

Este último es hereditario por vía paterna o materna, y desde el momento en que se hereda, se asumen por parte del clan una serie de prohibiciones y cultos al animal totémico, con el cual se mantiene un vínculo similar al del parentesco.

Algunas de las prohibiciones y obligaciones hacia el animal totémico señaladas por Freud, son:

- no está permitido matarlos ni comerlos
- si el animal muere, recibe los mismos honores que reciben los miembros del clan
- si el animal es sacrificado en un ritual, se lo llora de manera solemne.
- los clanes deben llevar el nombre de los animales totémicos.
- el animal protege a los integrantes.
- si el animal es temido y peligroso, se supone que respeta a los integrantes de la tribu
- el animal totémico tiene una función oracular: anuncia el futuro a sus fieles y les sirve de conductor
- los miembros de un linaje totémico creen que están enlazados con el animal totémico por una descendencia común.

Se observa así como el sistema totémico se liga directamente con el tabú del incesto, y el efecto que tiene en la tribu en su función de prohibición, de obligación, de culto, como así también de organización de la vida social de la tribu.

Freud rastrea la etimología del término “tabú”, que designa por un lado “sagrado”, “santificado”, y por otro, “ominoso”, “peligroso”. Su antónimo sería lo acostumbrado, lo familiar. El tabú sería una especie de “horror sagrado” que se manifiesta en prohibiciones, limitaciones y restricciones.

El autor invita a homologar el tabú o los tabúes de las tribus (respecto a lo social) con el del neurótico obsesivo (individual). En un texto titulado “Acciones obsesivas y prácticas religiosas” (Freud, [1908] 1992) afirma que quien padece de una compulsión obsesiva se comporta como si estuviera gobernado por una conciencia de culpa de la cual nada sabe, y en la que haya un cierto “refrescamiento” en la tentación. Sin embargo, el ceremonial obsesivo para Freud comienza como una acción de defensa o de aseguramiento, como una medida protectora. Observamos de este modo cómo la conciencia de culpa del neurótico obsesivo se corresponde con “la solemne declaración de los fieles” (Freud, [1908] 1992). Ellos saben que son pecadores, por eso el conjunto de prácticas religiosas tales como ceremoniales, rezos, invocaciones, parecen tener el valor de unas medidas de defensa y de protección (ganarse el cielo o expiarse del pecado, por ejemplo) de la misma forma que las tiene el obsesivo.

Algunos de los puntos en común que se pueden extrapolar del tabú a la neurosis obsesiva son:

- 1- el carácter inmotivado de los mandamientos
- 2- su desplazabilidad, y el peligro de contagio por lo prohibido y
- 3- la causación de acciones ceremoniales, mandamientos, que provienen de prohibiciones.

De hecho en ese texto, Freud propone denominar “enfermedad de los tabúes” (Freud, [1908] 1992: 107) a la neurosis obsesiva. Doble movimiento freudiano en el que se sirve de lo social para pensar lo individual, y viceversa. Calificando a la neurosis obsesiva como una religión individual, y a la religión, como una neurosis obsesiva universal.

Asimismo, mencionamos anteriormente el estatuto particular que adquiere la relación del niño con el animal. Vínculo que Freud trabaja en el texto en relación a las fobias, para distinguir casos de totemismo positivo y totemismo negativo. Se refiere al primero, como aquellos casos en los que la relación del niño con

el animal es de plena identificación (egosintónico, es decir, en sintonía con el yo). Y deja el segundo para aquellos en los que la relación con el animal totémico está signada por el peligro y el temor, correlato de la función totémica de la interdicción (¿y del padre?).

Freud se sirve de esta diferencia, en “tótem y tabú” ([1913] 2010), para distinguir lo que ocurre en el historial de Juanito, y en el de Arpád.

De Juanito dirá como desarrollamos anteriormente, que presenta hacia el caballo sentimientos ambivalentes. Es decir que no solo siente angustia ante ellos sino también por momentos, respeto e interés. Cuando la angustia se mitiga, continúa Freud, se identifica con el animal totémico, galopa como un caballo y ahora él muerde al padre.

Sin embargo no duda en aseverar que Juanito es un fiel reflejo de un caso de totemismo de sello negativo. “debemos a S. Ferenczi (1913a) la excelente observación aislada de un caso que solo admite la designación de totemismo positivo en un niño” ([1913] 2010: 131).

Si en Juanito el acento está puesto en la función de la fobia como solución (la fobia despierta el complejo de Edipo), en Arpád los intereses del tótem no despiertan el Edipo, sino la angustia. En Arpád vemos una plena identificación con los gallos y gallinas.

Entre el incidente del corral en el cual Arpád fue picoteado por el ave y la exacerbación de su conducta, hay un espacio temporal de un año. Este interín señalado en la escritura del caso, es de gran importancia, puesto que comienza a ligarse aquel suceso con la amenaza de castración (el onanismo por parte del niño). Cuestión que en ese año, había despertado un gran interés en él. Ferenczi afirma que fue esa amenaza experimentada en ese lapso la que había excitado al niño tanto al revisitar la escena de la terrible primera experiencia, en la que el bienestar de su miembro había estado en peligro de modo similar. Luego de ello su vida se redujo a ese tema: “A la mañana temprano se apresuraba a ir al corral, observaba las aves con incansable interés, imitaba sus sonidos y movimientos, y lloraba cuando era sacado por la fuerza del gallinero. Pero aun cuando no estaba allí no hacía nada más que cacarear y cloquear” (Ibid. pág. 5). Sus juegos, sus producciones, su lenguaje, eran en relación a este animal. Su comportamiento hacia su animal totémico, dice Freud, era ambivalente por excelencia, un odiar y un amar desmedidos.

La matanza de las gallinas, especie de ritual (propio del totemismo) era una muestra del odio, pero que se pregnaba luego con el excesivo amor (en sus juegos las besaba, las acariciaba). También aparece el miedo en relación a las gallinas y gallos: “Quería presenciar cuando la mataban; sin embargo tenía mucho miedo de los gallos vivos” (Ibid. pág. 6).

Para Ferenczi el gallo representaba un animal sexual, por su valor como objeto pulsional, y por su función en relación al Complejo de Edipo y al Complejo de castración.

Freud llega a una conclusión: el animal totémico (y los sentimientos de ambivalencia que genera en el niño) es un sustituto del padre. Es decir, que el conflicto de ambivalencia no se tramita directamente en la persona, sino que “se lo esquivo, por así decir, deslizando una de sus mociones hacia otra persona como objeto sustitutivo” (Freud, [1925] 1996: 99).

En este sentido los dos principales mandamientos del totemismo (no matar al animal totémico y no usar sexualmente a ninguna mujer que pertenezca a él) coinciden con los dos crímenes del Edipo (matar a su padre, y tomar por mujer a su madre). Interesante analogía para pensar la función que cumplen en el desarrollo libidinal del sujeto la ambivalencia hacia el padre y la prohibición del incesto, cuestiones fundamentales para lograr una posición sexuada y el acceso a la cultura.

En Juanito, el temor a los caballos y la constitución de la fobia propiamente dicha, se vuelven una solución en relación al complejo nuclear de la neurosis. El temor al caballo, despierta el complejo de Edipo, pero no sin angustia, y sin un conjunto de prohibiciones y restricciones en el pequeño Hans (no querer salir de su cuarto, no querer salir a la calle, etc.). En Arpád, sin embargo, el tótem está vivo, no cumple una verdadera función de interdicción (pensemos aquí en un padre que prohíbe pero que al mismo tiempo habilita). Por eso decíamos, que en este historial, la relación con el animal es egosintónica y por ende, se trata de una “solución más exitosa”. No despierta angustia, sino que se fija como un rasgo de carácter.

En Juanito sucede todo lo contrario. En lugar del odio hacia el padre o del ser castrado por el padre, el afecto se muda hacia su propia persona (lo cual se expresa en su miedo a ser mordido por el caballo).

Arpád es él mismo un gallo. Ferenczi insiste en que el terror a los gallos debía ser relacionado a la amenaza de castración por su onanismo. Cuestión que, junto con la escena en la que él es picado por el animal, constituyen grandes datos para el autor. Además la actitud ambivalente que el niño tiene hacia el animal, de amor y odio a la vez, es consecuente con la relación que los primitivos tenían con el tótem, en el sentido que, a pesar de su muerte, seguía imprimiendo en sus miembros constantes restricciones y adoraciones.

Sobre el final del historial de Arpád observamos de qué manera Ferenczi resalta este punto al decir que el psicoanalista debe suponer que la ambivalencia probablemente se refiera al padre “quien aunque honrado y respetado, al mismo tiempo es también odiado a causa de las restricciones sexuales que impone severamente. En una palabra, la interpretación analítica sería: el gallo representaba en el síndrome al padre.

Tanto en el historial de Hans como en el de Arpád, hay una constante referencia a los juegos de los niños. Nos preguntamos ¿Qué función cumple el juego en el psicoanálisis con niños?

Lo primero que podemos decir es que el juego representa para el psicoanálisis una manifestación del inconsciente del niño, que se pone en serie con otras manifestaciones (sueños, chistes, actos fallidos, síntomas). Pero el juego tiene un estatuto particular. Freud en “el creador literario y el fantaseo” ([1908] 1992: 127) dice que el niño en el juego inserta las cosas de su mundo en un nuevo orden que le agrada, y en el que invierte grandes montos de afecto. Juanito juega a ser un caballo, Arpád a vender y cortar el cuello a las gallinas. En este último, en el historial además se observa claramente la gran carga de afecto con la que el niño lo realizaba: “Mostraba cómo el gallo sangraba y con su voz y gestos hacía una imitación excelente de la agonía de su muerte” O “besaba y acariciaba al animal muerto o bien “alimentaba” a su ganso de madera con maíz, como había visto hacer a la cocinera; al hacerlo cloqueaba y piaba continuamente. En una oportunidad arrojó su muñeco de madera irrompible en el horno porque no lo podía romper, pero luego lo sacó de inmediato, lo limpió y lo acarició”.

CONCLUSIÓN

A lo largo del capítulo, hemos transmitido aquellos puntos de encuentro entre ambos historiales clínicos. La apreciación que sobre el totemismo establece Freud en “Tótem y tabú” ([1913] 2010) así como el contrapunto que establece con el análisis del caso Juanito, permite pensar a la fobia a los caballos como un caso de totemismo negativo, en tanto señala el valor del tótem, en este caso el animal, como el punto de sostén de ciertas prohibiciones y de regulación de la problemática relación del niño con el deseo materno.

Para Freud, el caso Arpád (Ferenczi, [1913] 1959) ejemplifica al totemismo positivo, donde el tótem a diferencia de la fobia, no prohíbe sino más bien empuja y lo lleva a enfrentarse, identificado con el animal temido.

No obstante, ambas fobias en sus puntos de encuentro, colocan a la neurosis de angustia como respuesta a “una castración inminente” situación traumática de la indefensión.

Juanito parecía tener una verdadera fobia. Por el material que arrojan sus juegos, su discurso, sus sueños, los elementos constitutivos de la misma estaban presentes: al comienzo una angustia libremente flotante, que luego se anuda a un objeto exterior, con el cual aparecen temores y miedos, pero acompañado de rituales y conductas evitativas hacia el mismo.

Ahora bien: ¿se trata en Arpád de una verdadera fobia? Es Freud en “Tótem y tabú” ([1913] 2010) quien se refiere a “la zoofobia de Juanito” y a la “perversión del pequeño Arpád”, dejando abierta la posibilidad de que en este pequeño se pongan en juego otras coordenadas. En principio podríamos preguntarnos por qué se referiría Freud a Arpád como una perversión. Se podrían situar al menos dos rasgos de la misma: la fijeza, en relación a la detención y regreso a un punto de satisfacción anterior en el desarrollo de la libido, y por otro lado la exclusividad, con respecto al lugar privilegiado que se le otorga al objeto (en el caso de Arpád: las gallinas).

Freud destaca con esto el papel estructurante que tiene la angustia de castración en todas las fantasías imaginarias de Arpád, le interesa la comparación entre el animal totémico y la gallina en Arpád, a la vez que destaca la fijeza del objeto en el niño, considerando el problema como la “perversión del gallinero” manifestada por este rasgo peculiar.

La lectura de las escenas de juego de ambos niños (Arpád y Hans) permiten identificar cómo poco a poco se construye la dimensión de la ficción, aunque por momentos parecería realizarse en la crudeza de la satisfacción pulsional.

Freud diferencia a lo largo de su obra, la neurosis de la infancia de la neurosis infantil reconstruida en el análisis del adulto. En “Inhibición síntoma y angustia” (Freud, [1925] 1996) habla por primera vez de la neurosis de la infancia, mientras que el concepto de neurosis infantil aparece en el historial del hombre de los Lobos (Freud, [1917] 1996) reservando la neurosis infantil para la reconstrucción hecha en el análisis del adulto.

Así en ambos casos estamos hablando de una neurosis en la infancia. Será necesario un segundo tiempo en el que se cristalice el complejo nuclear de la neurosis y la conformación de la neurosis infantil capturada por el après-coup.

Para concluir, algunos interrogantes posibles invitan al lector a dejar abiertas las siguientes preguntas: ¿Se trata en Arpád acaso de una manifestación sintomática que no tiene estructura de fobia?, ¿es una manifestación sintomática o una manera de estructurar el mundo que actuaría como pivote? Las coordenadas de ambos casos permitirían pensar más bien en cómo el niño construye su neurosis.

NOTAS

1. En gran número de análisis de sueños y neurosis la figura del padre es descubierta tras la de un animal. Ver Freud, Schriften, etc., Cap. I y el Internat. Zeitschr. f. Psychoanalyse, Jahrg. L. Heft 2. El profesor Freud me ha dicho que una de sus próximas obras en “Imago” hará uso de esta identidad para explicar el totemismo. (Este ha aparecido desde entonces en forma de libro bajo el título de Tótem y Tabú).
2. Remitirse para ello a los comentarios del autor en los casos príncipes como de El hombre de los Lobos (1917) El hombre de las Ratas (1910) y caso Dora (1907), entre otros.

(*) **Publicado en:** Capítulo 4 “Un pequeño hombre gallo. Sandor Ferenczi”, pp. 50-70, en: “Estructura y función del síntoma fóbico en la infancia. Lectura y análisis de presentaciones clínicas de autores clásicos”, María Cristina Piro (coordinadora), 127 págs., Serie Libros de Cátedra Facultad de Psicología, Edit. Edulp Editorial de la Universidad de la Plata, Universidad Nacional de la Plata, 2015.

<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/46684>

(*) **Gastón Fazio** Licenciado en Psicología (UNLP). Diploma Superior en Ciencias Sociales con mención en Psicoanálisis y Prácticas Socio-Educativas (FLACSO Argentina). Docente cátedra Psicopatología II, Facultad de Psicología (UNLP). Ex integrante del Programa de Ingreso, Inclusión y Permanencia de la Facultad de Psicología (UNLP). Ex concurrente psicólogo del Hospital Neuropsiquiátrico Dr. Braulio Moyano. Psicólogo de planta del Servicio Penitenciario Bonaerense.

(**) **Martín Sosa**, Licenciado en Psicología (2009), Profesor en Psicología (2010) (UNLP). Ayudante Diplomado Interino de la Cátedra Psicopatología II (UNLP). En la misma institución, se ha desempeñado como docente del Curso Introductorio a las carreras de Psicología. Es integrante del proyecto de investigación “Las variedades del autismo: sistematización y evaluación de la demanda asistencial. Segunda Etapa” aprobado por la UNLP (periodicidad 01/2015- 12/2016), e integrante del programa de extensión “Demanda espontánea y urgencia subjetiva. Recepción, admisión, evaluación, orientación y atención” (periodicidad Julio 2014- Julio 2015). Ayudante de Segunda en la Nueva Cátedra Psicopatología (UBA). Ha escrito y publicado artículos con temáticas orientadas a la psicopatología infantil y al psicoanálisis.

(***) **Mauricio Abal**. Licenciado en Psicología, egresado de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP). Ayudante diplomado interino de la asignatura Psicopatología II de la Facultad de Psicología (UNLP). Ex ayudante diplomado ordinario de la materia Psicología II de la Facultad de Psicología (UNLP). Ex becario en la Residencia Básica de Psicología Clínica en el Servicio de Salud Mental del Hospital Interzonal de Agudos Especializado en Pediatría “Sor María Ludovica”, de la ciudad de La Plata (Pcia. de Buenos Aires). Ex becario del proyecto de investigación “Vinculación entre las historias de vida específicas y el Síndrome Coronario Agudo”, en el Servicio de Cardiología del Hospital El Cruce “Néstor Carlos Kirchner”, bajo la dirección del Dr. Carlos Tajer. Psicólogo en la Dirección de Medicina Ocupacional de la Secretaría General de la Gobernación de la Pcia. de Buenos Aires. Autor de diversos artículos publicados en revistas periódicas y Actas de Congresos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cosentino, J. C. (1999). El pequeño Arpád [en línea]. Consultado el 5 de diciembre de 2013 en: http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/informacion_adicional/electivas/659_clinpsicoa2/material/fichas/Arpád.rtf>
- Freud S. ([1907] 1996). “Tres ensayos de teoría sexual”. En Obras Completas. Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- ([1907] 1992). Acciones obsesivas y prácticas religiosas. En Obras Completas. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- ([1908] 1992). El creador literario y el fantaseo. En Obras Completas. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- ([1909] 1992). Escritos breves. En Obras Completas. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- ([1909] 1996). Análisis de la fobia de un niño de 5 años (el pequeño Hans). En Obras Completas. Tomo X. Buenos Aires: Amorrortu.
- ([1913] 2010). Tótem y tabú. En Obras Completas. Tomo XIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- ([1914] 1996). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En Obras Completas. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- ([1917] 1996). De la historia de una neurosis infantil (el caso del “Hombre de los lobos”). En Obras Completas. Tomo XVII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ferenczi, S. ([1913] 1959). Un pequeño hombre gallo. En Sexo y psicoanálisis (pp. 171-8). Buenos Aires: Hormé.
- Hartmann A ([1992] 2009). Los caminos abiertos por Freud. En: En busca del niño en la estructura. Estudio psicoanalítico de la infancia y su patología (pp. 37-39). Buenos Aires: Letra viva. Instituto de Desarrollo Psicológico de Chile (Indepsi). Ferenczi [en línea]. Consultado el 5 de diciembre de 2013 en <http://www.indepsi.cl/ferenczi/>.

Volver a Artículos sobre Ferenczi
Volver a Newsletter 20-ALSF